



www.loqueleo.com/co

Las siete vidas de Agustín Codazzi

© 1994, 2017, Beatriz Caballero

© De esta edición:

2018, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá-Colombia

www.loqueleo.com/co

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-5444-28-7

Impreso en Colombia

Impreso por Editorial Delfín S.A.S.

Primera edición en Carlos Valencia Editores: julio de 1994

Primera edición en Loqueleo: febrero de 2018

Segunda reimpresión: febrero de 2020

Diseño de cubierta:

Juliana Toro

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

BEATRIZ CABALLERO
LAS SIETE
VIDAS DE
AGUSTÍN
CODAZZI

loqueleg

A Ángel Guarnizo, por creer en mí.

Advertencia

Cuando, en 1992, la FEN (Financiera Eléctrica Nacional) me encargó una cartilla para niños sobre la Comisión Corográfica —con un texto muy corto y dibujos para colorear de Ernesto Díaz, como otras que ya habíamos hecho sobre Bolívar y sobre la Expedición Botánica—, yo no tenía idea de qué era la tal Comisión Corográfica ni de quién era Codazzi.

9

Comencé a investigar. Conseguí las *Memorias* de Codazzi y me las sorbí como un libro de aventuras, a pesar de la angustia que me producía darme cuenta de todo lo que ignoraba y de la cantidad de libros a que me iba remitiendo cada pasaje de las *Memorias*; y cada uno de estos libros a otro, y ese a otro y así hasta nunca acabar. Pero el asunto se volvió fascinante. Al cabo de dos años ya había pasado no solo por Codazzi sino por Mosquera, por Bolívar, por Napoleón; había descubierto con emoción a Aury y con desprecio a Brion, empecé a ver a Humboldt como un trotamundos sangreligero, tuve un sueño en el que estaba sentada sobre las rodillas de Páez, y aun así, seguía sin llegar a la tal Comisión.

Había leído, sí, *La peregrinación de Alpha*, de Manuel Ancízar, el *Itinerario* de Soriano Lleras, la biografía de Longhena, la de Schumacher ida y vuelta y el estudio completísimo de Olga Restrepo Forero, de quien recibí las primeras y definitivas luces en una conferencia que dictó en la Biblioteca Nacional en Bogotá. También había mirado muchas veces las láminas de Carmelo Fernández y de los otros pintores, pero seguía sin llegar a la Comisión. Ni siquiera había acompañado a Codazzi en su segundo viaje a la Nueva Granada. Las etapas anteriores de su vida me entusiasmaban mucho más: me parecía que sus primeras impresiones de América, espontáneas, desprevenidas, escritas simplemente por el gusto de hacerlo en un paréntesis de reposo en Italia, habían de ser mucho más interesantes y auténticas que sus informes llenos de cifras y estadísticas preparados por encargo del gobierno.

Cuando pegué el salto de Venezuela a la Nueva Granada, por fin decidida a meterle diente a la Comisión Corográfica, me di cuenta de que no sabía qué había pasado aquí durante esos veinte años que yo había estado en Venezuela con Codazzi, ni qué estaba sucediendo en ese momento en la Nueva Granada. Entonces me sumergí en nuestra historia de la República y me pasó otra vez lo mismo: se me volvió como una novela que no podía dejar de leer. Quería saber más y más de todos esos personajes que apenas conocía. A Santander lo odié con toda mi alma, don Joaquín Mosquera me pareció un tibio, Florentino González lleno de brillo, Tomás Cipriano de Mosquera, un gigante, José

Hilario López ni tan radical ni tan artesano, Mariano Ospina Rodríguez tenebroso, y el pobre país, descuartizado por la ambición, el orgullo y la vanidad de todos.

¿Y Codazzi? ¿Y la cartilla sobre la Comisión? Había ido llenando cantidades de libretas con apuntes, nombres, fechas, ideas, asociaciones y paralelos con la Colombia de hoy. Pero a la hora de escribir me daba cuenta de que recordaba todo a medias, constantemente tenía que volver a consultar los libros y no me fiaba de mis notas, temerosa de decir alguna barbaridad. Al fin y al cabo me estaba metiendo con nuestra Santa Madre Historia, cuando ha debido ser con la geografía, si nos atenemos al significado de “corográfica”. Confrontaba datos de los historiadores una y otra vez porque no me cuadraban y me parecía que se contradecían; pero cómo discernir quién tenía la razón, si me encontraba con afirmaciones como estas: “Todos los hechos aquí narrados por Codazzi carecen de comprobación documental”, y yo sabía que Codazzi había estado en el lugar de los hechos. ¿Entonces?

11

Entonces, Codazzi. Pero mi amo Bolívar se robaba la escena todo el tiempo. Solo cuando logré matarlo con un trabajo horrible, pudo pasar a Codazzi al primer plano. En ese momento su aniversario se me vino encima... Yo, que había empezado a trabajar tres años antes sin conocer bien las fechas, me demoré tanto que él cumplió doscientos de nacido y yo no fui capaz de terminar a tiempo su cartilla de treinta renglones. Pero aquí quedó este libro, lleno de imprecisiones, inexactitudes y timideces: que la historia y los lectores me perdonen.

Las siete vidas de Agustín Codazzi

Bolívar dijo que fue Humboldt quien verdaderamente descubrió América, pero yo digo que fue Agustín Codazzi. O al menos quien descubrió Venezuela y la Nueva Granada.

Pasaron años, siglos, desde cuando nuestras tierras fueron descubiertas, conquistadas y colonizadas por los españoles, heredadas por los criollos en la Independencia y desmembradas en la República; pasaron años, siglos, y todavía no se sabía muy bien cómo eran ni hasta dónde llegaban. Claro que eran extensísimas. Tanto, que a nadie se le había ocurrido que algún día serían insuficientes, que el aire sería envenenado, los ríos se volverían cloacas, los bosques desiertos y las montañas cascarones de roca muerta. Y nadie, ni granadino ni extranjero, las había recorrido y conocido como lo hizo Agustín Codazzi a mediados del siglo XIX.

Ese señor italiano de bigote espeso, ojo redondo, ceño fruncido y pelo indómito que parece una caricatura de sí mismo, de quien recordamos su nombre por el Instituto Geográfico Agustín Codazzi y de quien si acaso sabemos que fue “el de los mapas”, exploró, descubrió y nos reveló

nuestro propio país, nos lo dio a conocer como algo distinto a un botín o a un campo de batalla.

16 La primera vez que llegó a la Nueva Granada conquistó por las armas a San Andrés y Providencia para la República. Entró por el Atrato disfrazado de vendedor ambulante y llegó a Santafé en busca de Bolívar para ofrecerle los diecisiete barcos que comandaba Aury, el Corsario, el señor del Caribe. Codazzi era su segundo y venían juntos de liberar parte de la Florida. Con él había participado en la campaña de la costa atlántica en la que los españoles fueron expulsados definitivamente de la Nueva Granada. Codazzi era un militar que al término de las guerras napoleónicas en Europa cayó de rebote y de mercenario a las de América y luchó por nuestra independencia como si fuera la suya.

De la guerra pasó a la geografía: la segunda vez vino invitado por Mosquera, y volvió a andar por esas tierras que había conocido como campos de batalla, midiéndolas esta vez, haciendo bocetos y tomando apuntes para un atlas y un libro de geografía. Iba dejando a su paso los datos que recogía para que los aprovecharan en las localidades.

El 3 de enero de 1850 subió a Monserrate y empezó una expedición por todo el país que duró nueve años. No solo lo caminó, lo cabalgó y lo navegó de punta a punta, sino que dibujó mapas de todos los lugares y regiones en donde estuvo, con sus dimensiones y latitudes, alturas, distancias, climas y temperaturas. Analizó los suelos, montañas, ríos, mares, y mareas, vientos y lluvias, árboles, plantas y animales. Y estudió a la gente: hizo

censos y sacó estadísticas de población, razas, costumbres y dialectos, educación y delincuencia, agricultura, industria y comercio.

Porque a Codazzi le interesaba todo, lo veía todo y lo registraba todo, “sin pausa y sin prisa”, como sacaba en limpio sus mapas. Y así fue como compuso un panorama total de la Nueva Granada, concienzudo y completo.

Ya había hecho lo mismo en Venezuela. Cuando esta se separó de la Nueva Granada haciendo añicos el sueño del Libertador, José Antonio Páez le encargó a Codazzi que hiciera el levantamiento topográfico del territorio. Al ver el mapa que Codazzi había hecho de la zona de Maracaibo donde Bolívar lo dejó encargado de levantar sus fuertes —temiendo una arremetida de los españoles o disturbios en la frontera—, Páez se dio cuenta de su utilidad en materia de estrategia militar y le encargó a este ingeniero que hiciera el levantamiento topográfico del territorio. Codazzi, prácticamente solo, hizo el levantamiento de las trece provincias y sus trece mapas. Y además se convirtió en la mano derecha de Páez, en jefe del Estado mayor de las Fuerzas Armadas de Venezuela y dirigió la llamada campaña de pacificación de los Llanos. Viajó a París a mandar imprimir los mapas y su trabajo fue elogiado por Humboldt y la Academia de Ciencias. Encargó a Tenerani el monumento para los restos del Libertador que se trasladarían de Santa Marta a Caracas. Promovió la inmigración de europeos y fundó en Tovar una colonia con alemanes y suizos que sostuvo con su tesón y perseverancia. Fue gobernador de Barinas, y hasta que

no se le voltearon las cargas a Páez, a quien acompañó a salir huido del país y se le desapareció en la frontera, no aceptó la invitación que Mosquera le venía haciendo desde hacía años de venir a Santafé. Mandó a su mujer y a sus hijos a una isla del Caribe mientras se le despedaba el futuro y llegó a la Nueva Granada. A volver a empezar.

Mosquera ahí mismo lo ascendió a coronel y lo nombró asesor y profesor de instrucción de la Escuela Militar para que les enseñara a los alumnos a hacer carreteras, puentes y mapas, y con ellos hizo el plano de Bogotá. Implantó la ingeniería, como en las escuelas militares en que él se había formado en Italia. Esto, mientras el Congreso aceptaba su proyecto de hacer el levantamiento cartográfico de todo el país, y el estudio o examen de la geografía económica, población, fauna y flora.

18

Nueve años, nueve viajes. Cada principio de año salía en dirección distinta a recorrer toda una región hasta completar el mapa de la República. Codazzi exploró el terreno y fue consejero del gobierno en el proyecto de la construcción del Canal de Panamá, fijó límites con Venezuela, buscó una interpretación a las ruinas de San Agustín, se internó en los Llanos y en la selva del Amazonas, estuvo en los volcanes del macizo central y en las nieves perpetuas del Cocuy. Solo le faltó la costa atlántica —hacer el levantamiento, porque ya la conocía— y subir a la Sierra Nevada de Santa Marta, el punto más alto del país, donde soñaba con fundar otra colonia para europeos, a pesar de todos los trabajos por los que había pasado con la de Tovar que había iniciado en Venezuela.

No alcanzó a llegar. Le entró esa impaciencia que les da por dejar todo terminado a los que los ronda la muerte y se fue sin esperar viáticos ni respuesta del gobierno a sus solicitudes de prórroga al plazo que tenía para escribir su geografía.

La malaria, que se le había entrado al cuerpo desde que pisó en México tierra americana, lo consumió en fiebres en el valle del Magdalena, en el pueblito de Espíritu Santo, hoy Codazzi. Señalaba la Sierra Nevada balbuceando números, grados y metros en su delirio.

19

En la Nueva Granada acabó pasándole lo mismo que en Venezuela: la guerra empezó a interferir con su trabajo. Primero tuvo que interrumpirlo para tomar las armas en contra de la dictadura de Melo en 1854; y después el federalismo galopante fue cambiando una y otra vez la división política del país, que no siempre coincide con los límites geográficos sino más bien con las pretensiones de dominio de los hombres. Entonces tenía que repetir los mapas que ya había hecho y que luego se fueron refundiendo y perdiendo, aquí como en Venezuela, donde terminaron remplazando los vidrios rotos de las oficinas públicas. El gobierno conservador de Ospina Rodríguez empezó a ponerle trabas —el desinterés y la indiferencia, que son las peores— y a argumentar que la Comisión Corográfica estaba saliendo muy cara, cuando lo que se le estaba pagando a Codazzi apenas alcanzaba para los gastos de viaje. Era por la tirria que Ospina le tenía a Mosquera, promotor de la Comisión, y a José Hilario López, que la había echado a andar, por liberal. La ceguera

partidista les impedía ver lo invaluable de esta obra que fue el primer intento de búsqueda de identidad nacional.

Pues todo ese inmenso caudal de información y de trabajo quedó reducido a su mínima expresión: a un libro de geografía y a un atlas, que afortunadamente hubo quien concluyera y publicara más tarde. Nadie en América ha acometido hazaña semejante: hacer el levantamiento del terreno y los mapas —las dos cosas— de dos países.

20 Después de la Expedición Botánica, esta es la segunda gran empresa científica del país: la primera se limitó a la botánica y fue idea de Mutis, que era español, y del virrey Caballero y Góngora, para enriquecimiento de la corona española; la Comisión Corográfica hizo un inventario completo de todos los aspectos del país y fue una iniciativa de la República.

Codazzi era italiano de origen, de pensamiento europeo pero americano de sentimiento. Su interés por el desarrollo de nuestra economía, su preocupación por las desigualdades sociales y raciales, su afán por mantener la fraternidad entre las naciones bolivarianas, su matrimonio con una criolla venezolana y sus siete hijos nacidos y criados en los dos países a los que consagró desinteresadamente 33 de los 66 años de su vida lo hacen americano. Americano por adopción, porque hizo de América su patria adoptiva.

La Comisión Corográfica dejó un libro de geografía, una carta general y mapas de todas las regiones; el herbario que formó José Gerónimo Triana, su libro sobre la flora neogranadina y muchos artículos en revistas

científicas; las crónicas de Manuel Ancízar recogidas en *La peregrinación de Alpha* y *Los apuntamientos de viaje* de Santiago Pérez; las láminas de paisajes, tipos humanos y costumbres de Carmelo Fernández, Enrique Price y Manuel María Paz. Cosas todas tendientes a desentrañar la identidad del país y que reflejan la cultura nacional a mediados del siglo XIX.

De la Expedición Botánica quedaron las láminas de Francisco Javier Matís, “el mejor pintor de flores del mundo”, según Humboldt, y unos escritos sueltos de Mutis. Los 114 baúles llenos de muestras de plantas se pudrieron en Madrid y el despertar político de los criollos, su resultado más importante, se sale de lo científico.

21

De la vida de Codazzi, más que de la de nadie, puede decirse que fue un viaje. O mejor, siete viajes: cada uno corresponde a una edad, a un lugar, a una faceta suya. La primera vida, como soldado de Napoleón; la segunda, de aventurero por Europa; la tercera fue pirata en el Caribe; la cuarta, mercenario de la Independencia americana; la quinta, granjero en Italia; la sexta, jefe militar y geógrafo de Venezuela; y la séptima en la Nueva Granada, artífice de la Comisión Corográfica.

Hay que conocerlas todas para comprender por qué ese anónimo soldado italiano, aventurero y mercenario, se volvió libertador, geógrafo y cartógrafo de Venezuela y de la Nueva Granada, y para concluir que fue él quien verdaderamente descubrió el continente, más que Humboldt y que el mismo Colón —que no estuvo sino por la orillita y ni siquiera se enteró de que estaba en América—.

I
Soldado de Napoleón
1793-1816

*Durante las guerras del Imperio, en tanto que los maridos
y los hermanos estaban en Alemania, las madres,
intranquilas habían traído al mundo una generación
ardiente, pálida, nerviosa. Concebidos entre dos batallas,
educados en colegios entre el redoble de los tambores,
millares de niños se miraban entre ellos con ojo sombrío,
entrenando sus músculos débiles. De tiempo en tiempo
aparecían sus padres ensangrentados, los estrechaban
contra sus pechos adornados de oro, después los ponían
en tierra y luego se volvían a ir en sus caballos. Un solo
hombre entonces, tenía vida en Europa; el resto de los seres
trataban de llenarse los pulmones del aire que él había
respirado. Cada año Francia le daba como presente a ese
hombre trescientos mil jóvenes... Ya no quedaban viejos; no
había sino cadáveres o semidioses.*

Alfredo de Musset

En un capullo de seda

Agustín Codazzi nació el 13 de julio de 1793 en Lugo, un tranquilo y próspero pueblo de Italia. Sus ocho mil habitantes, hiladores y comerciantes de sedas, vivían protegidos por la bella fortaleza de la Rocca que habían erigido los arzobispos de Rávena. Pasó a ser propiedad de la Iglesia en 1598. En esa época el papa Clemente VIII fue de visita y tuvo una acogida tan calurosa que, en agradecimiento, les hizo la concesión de “ejercitar su arte sin el agravio de la gabela”[6]¹. Italia no era entonces un país: era un montón de estados que pertenecían a Francia, a Austria o a la Iglesia, o principados y ducados independientes. El reino de Cerdeña, el de las dos Sicilias, los ducados de Parma y de Plasencia eran de los Borbones; el principado de Piombino y los ducados de Módena, Toscana, Milán y Mantua, de los Habsburgos; estaban los estados independientes de Venecia y Génova, Lucca y San Marino; y las legaciones del papa, administradas por arzobispos, como Rávena, Ferrara y la Romaña. A esta pertenecía Lugo, hoy Rávena.

25

La gente de Lugo era muy conservadora, religiosa y devota de los santos. San Ilaro era el patrono de la ciudad; le habían hecho un busto de plata maciza y en una urna conservaban con mucho celo un hueso de un brazo

¹ Buscar en la bibliografía el número correspondiente. Los textos de Codazzi, sacados de sus *Memorias* [6], de la biografía de Schumacher [40] y de su correspondencia (que reproduce Soriano Lleras en su *Itinerario de la Comisión Corográfica* [44]).

y un fragmento de su cráneo. San Onofrio “daba fuego en invierno, pan y carne en ocasión y pequeñas dotes a las solteras”[6].

El papá de Codazzi, don Domenico, era principalísimo de la cofradía de San Onorio, fundada por un textilero como él. Tenía un negocio de sedas que había heredado de su padre. Era un hombre que seguía el Evangelio al pie de la letra. Un día estaba sentado por ahí, en una ciudad desconocida, sin saber a quién dirigirse y sin una lira en el bolsillo, cuando sorpresivamente y sin aparente motivo se le acercó un hombre y le dio una bofetada. Don Domenico respondió mansamente ofreciéndole la otra mejilla. Constanza Bartolotti, que estaba asomada en su balcón y era la mujer más linda de la comarca vio la escena y quedó tan impresionada con el forastero que decidió casarse con él. Y como su padre era un hombre rico, y era la usanza, aportó una jugosa dote al matrimonio.

26

En este julio azul de 1793, el 13, día de san Fortunato, nació Codazzi. Lo mandaron bautizar rapidito —Giovanni Battista Agostino— no vaya y fuera a correr la misma suerte de sus hermanos: cuatro hijos varones habían muerto recién nacidos; solo se había criado una niña, Giannetta, que ya iba por los cinco años. Después del bautizo la vida siguió su apacible curso en Lugo, donde se oían a los gusanos trabajar la seda.

La noticia de la Revolución Francesa —cuatro años antes— no había causado mayor sobresalto en su momento a los piadosos y prósperos luguenses a quienes no les interesaba cambiar nada. Además, Francia estaba